

Antoni Puigverd

La espiga del reencuentro

La Vanguardia, 27 de junio de 2018.

Leo con esperanza un dato de la encuesta de nuestro diario: ocho de cada diez catalanes se oponen a la prisión de los líderes independentistas. Casi el 80% de los catalanes rechaza la amarga y cruel receta judicial que se impone a Junqueras y compañía. Este dato del 80% supera todas las divisiones políticas y nos devuelve al mínimo común denominador del viejo catalanismo.

Me aseguraban que el catalanismo estaba muerto. Ha sido el nervio político catalán de los 50 últimos años, pero los soberanistas, con la complacencia antagónica de Cs, lo bombardearon hasta hacerlo aparecer como obsoleto e impotente. Los que aún propugnamos los valores del catalanismo hemos sido acusados de blandos, cobardes o pasados de moda. Incluso de deshonestos (Graupera). Sin embargo, este 80% de coincidencia revela una cordialidad de fondo entre catalanes y debe ser interpretada como la demostración de que el humus del catalanismo sobrevive a las durísimas batallas de estos años.

Tanto los independentistas como Ciudadanos han procurado plantear el pleito en forma binaria, como si no existieran sentimientos compartidos de españolidad y catalanidad. En realidad, los sentimientos compartidos rondan el 70% (73,1 en nuestra encuesta y las del CEO lo confirman una y otra vez). Pese a estos datos, los independentistas quieren forzarnos a escoger entre Catalunya y España, y Ciudadanos quiere obligarnos a tragar una idea de España de la que es preciso extirpar la catalanidad, percibida como una semilla sospechosa. Ambos operan como si en Catalunya ya se hubieran consolidado dos comunidades netamente diferenciadas: los españoles y los catalanes o, como está de moda decir forzando obscenamente el lenguaje, “los unionistas y los soberanistas”.

Hay que recordar, una vez más, que este lenguaje y esta visión de la realidad catalana es extraña a la tradición del catalanismo. Una tradición que nace, más que para unir, para reunir: para congregar catalanes de culturas diversas y de orígenes variados en una sola comunidad cívica que quiere ser reconocida como tal por una España que sólo podrá decirse realmente España si es capaz de “comprender y amar las razones y las hablas de todos sus hijos” (Espriu). Si es capaz de ser fiel al espíritu del pacto constitucional y no al idealismo romántico español (un nacionalismo que fantasea con la uniformidad, sea esta tradicionalista, liberal o jacobina).

El grano siempre contiene la espiga, decía Joan Maragall. Si Catalunya desapareciera, pero se salvara el Empordà, Catalunya podría recrearse a partir de la excepción ampurdanesa. Si España desapareciera pero Catalunya sobreviviera, España sobreviviría a través de la excepción catalana. El grano contiene la espiga. La lucha de los idealismos puristas para imponer su idea uniformadora es la causa de lo que hemos vivido. Han cometido muchos errores los independentistas, ciertamente, pero sin la olla a presión uniformadora no hubieran desbordado el río constitucional. Volver al pacto, volver a valorar el grano, es condición necesaria para que, sembrada la inclusión, germine la espiga del reencuentro.